

litares en los puertos estratégicos (15 a. J. C.) El año mismo de la muerte de Agrippa, Drusso hizo dos expediciones felices al corazón de la Germania, con el objeto de buscar una línea de defensa para las Galias más allá del Rin. Una gran insurrección de los pueblos danubianos fué vencida también por Pison. Por el año de 10, se establecieron colonias como Maguncia, Bonn, etc., á orillas del Rin, se dió principio á las fortificaciones que con el tiempo llegaron á unir el Rin y el Danubio y se empezaron á colonizar las tierras que se llamaron *decumatas* (que pagaban el diezmo); así la Suabia fué un dique contra las invasiones.

El año 9 á la vuelta de una de sus brillantes expediciones contra los germanos, murió Drusso, joven de altas dotes y amado profundamente por el pueblo. Así es que cuando después de doce años de calma, se decidió la destrucción del reino que Marbod y los marcomanos habían fundado en Bohemia, Tiberio sólo se encargó de la campaña. Marbod solicitó la paz, pero los panonios se sublevaron poniendo sobre las armas, ellos y sus aliados, inmensos ejércitos. El hambre los venció y no Tiberio y aquella frontera entró desde entonces (5 después de J. C.) en sosiego por quince años.

Cuatro después, Augusto pensó en romanizar definitivamente la Germania: hizo erigir en medio del país tribunales que atropellaban todos los usos de aquellos pueblos y puso á un hombre odioso, Varo, al frente de la empresa. Los germanos se decidieron á sacudir aquel yugo insostenible. Un noble guerrero, Arminius (Hermann) se puso á su cabeza, atrajo á Varo á una emboscada, lo destruyó completamente y reconquistó todo el país hasta la orilla derecha del Rin. Augusto estaba desesperado y Tiberio cor-

rió á las Galias, en donde logró restablecer la disciplina y detener la invasión.

Este acontecimiento vino á colmar el dolor de Augusto cuyos últimos años fueron entristecidos por profundas pesadumbres de familia. Después de la muerte de Agrippa á quien claramente había designado para sucederle, quedaban de un lado los hijos de Julia, que tenían su sangre, Lucio y Caio, del otro los de Livia, su mujer, el popular Drusso y el sombrío Tiberio, á quien obligó á casarse con Julia. Poco á poco fueron desapareciendo todos los que podían competir con Tiberio; disgustado éste por los favores que Augusto prodigaba á sus nietos, se retiró á Rhodas, creyendo que la necesidad obligaría al viejo emperador á llamarlo. Poco después Julia entregada á los más escandalosos excesos fué confinada á una isla; Lucio César, sucumbió al poco tiempo en Marsella, víctima de sus vicios precoces; diez y ocho meses después Caio, su hermano, investido del próconsulado de todo el Oriente, murió asesinado (4 d. J. C.) Quedaba un hijo de Julia, Agrippa Postumo, Augusto lo adoptó en compañía de Tiberio. Después de la célebre conjuración de Cinna, nieto de Pompeyo, que quiso asesinar á Augusto y que fué perdonado, los excesos del joven Agrippa, obligaron á su abuelo á relegarlo á una isla, rompiendo su adopción. Tiberio fué desde entonces el único heredero de Augusto, quien obligó á su sucesor á adoptar á su vez al joven y bravo Germánico, hijo de Drusso, y tan popular como su padre.

La soledad y el hastío invadieron entonces la casa imperial, y Augusto, que había perdido ya á Mecenas, á Virgilio, á Horacio, que había desterrado á Ovidio á las costas del Euxino, quizá por complicidad en los desórdenes de Ju-

lia, se halló por únicos compañeros á la anciana Livia y á Tiberio, el *tristissimus hominum* de Plinio. El 19 de Agosto del año 14 después de J. C. murió en Nola, después de haber tenido una larga conferencia con Tiberio sobre los asuntos del Estado. Dejó cuatro libros, uno sobre sus funerales, otro de consejos á Tiberio y á la República, el otro contenía una estadística militar y financiera del Imperio y el cuarto era una autobiografía (1) que grabada en tablas de bronce debía colocarse en su mausoleo. El arreglo de sus funerales fué una alta cuestión de estado; se celebraron con una pompa inmensa, fueron más bien una apoteosis y el senado que ya lo había hecho *Augustus*, lo hizo *Divus*. Esta divinización de los muertos nada tenía de particular en pueblos como el romano y el griego en quienes el culto de los antepasados era la verdadera religión de la familia y de la ciudad. El padre de la patria ocupaba naturalmente una alta gerarquía en el culto de los manes ó lares; sino que la preponderancia cada vez mayor de los hábitos orientales en todo lo que atañía á la religión, y la profunda abyección en que aquella sociedad había caído, dieron á este culto esas formas que chocan tanto con nuestro modo de ver las cosas.

La suerte de la obra iniciada por Julio César quiso que el reinado de su continuador necesario, llegase á cerca de medio siglo (44 años). Así todo lo que había de sobrevivir, porque era una necesidad del tiempo, recibió forma y savia de las manos de Augusto y bajo este aspecto su reinado, punto en que una revolución acaba y en que nace otro orden de cosas, es quizá el momento más interesante de la historia

(1) El mejor ejemplar de este documento, llamado generalmente *el testamento de Augusto*, es el que ha sido encontrado en Ancyra [Asia menor] y cuya más exacta reproducción es la hecha en 1861 por el distinguido arqueólogo Perrot.

humana. Y, sin embargo, lo que constituye la originalidad de Augusto, y su diferencia de César, que quiso el poder absoluto, ese pensamiento capital que le hacía dar á Tiberio en sus últimos momentos el consejo supremo de no aglomerar los poderes en una sola cabeza, no le sobrevivió largo tiempo. Su constitución *diarquica* última concepción del genio político de Roma, según Mommsen tenía que morir porque, ya lo hemos dicho, reposaba sobre una mentira, puesto que estaba á merced de la voluntad del príncipe y sobre el error de suponer que había de durar siempre el acuerdo entre el autómeta y el Senado.

Augusto tendrá siempre en su abono, á pesar de sus primeras crueldades y de la hipocresía (1) que generalmente se le atribuye, la circunstancia de haber sido el hombre que mejor comprendió su tiempo, y por eso pudo fundar una era de paz, sin la cual nunca habría podido efectuarse ese inmenso trabajo de asimilación del mundo antiguo que constituyó definitivamente la civilización de que somos herederos. El elogio mejor de Augusto y el símbolo de su obra, no está en los himnos que le consagraban sus poetas, ni en los altares que el pueblo le levantaba, sino en este episodio que nos ha transmitido Suetonio: un día que Augusto navegaba por las playas risueñas de la Campania, los pasajeros y tripulantes de una nave que venía de Alejandría, lo fueron á saludar vestidos de túnicas blancas y coronados de flores, y quemando incienso ante él, decían: por tí vivimos, por tí somos libres, á tí debemos nuestra riqueza y nuestra seguridad. Augusto entonces vistió á sus romanos con los trajes griegos y á los griegos con las togas romanas, é

[1] Las anécdotas sobre sus últimos momentos que nos lo representan como un cómico que había visto la vida como una pieza de teatro, no tienen nada de auténticas.